

II. *Argumentos tomados de su conveniencia y facilidad en oirla.*

1.º Aunque se ofrece el sacrificio de la misa por todos los fieles, se ofrece de un modo particular por los presentes, y son ellos los que, en cierto modo, ofrecen con el sacerdote.

2.º La misa es compatible con cualquiera otro acto religioso, pues en ella se puede orar, meditar, pedir á Dios por nuestras necesidades y aplicarla en sufragio de los difuntos.

3.º Para asistir á la misa no hay necesidad de recorrer largas distancias, como les sucedía á muchos judíos para ir á sacrificar al templo de Jerusalén, pues nosotros, desde nuestras moradas, vemos el templo y oímos el toque de campanas.

*Refutación.*—Aunque no se manda oír todos los días la misa, tampoco se prohíbe; y al ponderar la Iglesia su importancia, y al colocarla entre las obras necesarias para la santificación de los días festivos, expresa suficientemente su deseo de que los fieles la oigan con frecuencia.

*Epílogo.*—Se indican las pruebas y se excita á oír la misa con frecuencia á los ricos para dar buen ejemplo, y á los pobres para que Dios bendiga su trabajo, y se indica, finalmente, el modo de oír la misa con fruto, presentando al efecto los ejemplos del publicano, del Buen Ladrón y del centurión. El primero enseñará el modo de oír la misa, desde que comienza hasta la consagración; el Buen Ladrón, desde la consagración á la comunión, y el centurión, desde esta parte hasta concluir, terminando por encarecer que no miren con indiferencia un acto religioso que tantas ventajas puede proporcionar.

## CAPÍTULO IV

### DEL SERMÓN

#### I

#### Idea general del sermón.

Explicadas ya las especies más humildes, aunque no menos fecundas en efectos de la elocuencia cristiana, llegamos á la que puede con justicia considerarse como remate y corona de todas ellas, á la que está destinada á desplegar en medio del brillo de las más augustas ceremonias los inmensos tesoros de verdades y preceptos que contiene la religión, con esa elocuencia majestuosa, varonil y fecunda que le es propia, con esa solemnidad de lenguaje que corresponde á la solemnidad de sus fiestas. Tal es la especie de elocuencia á que damos el nombre de sermón y que definimos así: «Un discurso sagrado hecho conforme á las reglas de la oratoria.» Especie de elocuencia que por la unidad del argumento, por la gravedad de las sentencias, por la belleza de la forma, por la grandeza y calor de los afectos, se eleva sobre todas las demás; especie, en fin, donde la fe evangélica derrama los torrentes de su luz, donde la moral cristiana se ostenta en toda su majestad, donde más puede brillar el genio del orador, y donde encuentran su propio asiento la espléndida sublimidad de San Agustín y Bossuet, las magníficas pinturas de San Juan Crisóstomo y San Basilio, la triunfante



lógica de Bourdaloue y Segneri, la unción tierna de San Ambrosio y Massillon. Y, sin embargo, esta especie de elocuencia, lo decimos con harto sentimiento, es la que más se ha dejado dominar en todos tiempos por los caprichos de la moda; es en nuestros días la que tal vez se halla más expuesta en algunos países á caer en la corrupción, con que la amenaza una falsa filosofía.

¿Qué es, pues, lo que hacer debe el orador cristiano para mantenerse á la altura de su santo ministerio? Presentar la verdad en su noble y modesta desnudez, nunca cubierta con la máscara de la lisonja, ni oculta entre las flores artificiales de una elocuencia mundana; no transigir con las pasiones de sus oyentes, aplicando á sus llagas el bálsamo ó el hierro, según su curación así lo exija; tratar asuntos morales y propios del púlpito, y apoyarlos no en los débiles y siempre vacilantes fundamentos de la ciencia humana, sino en las eternas bases de la Sagrada Escritura, la tradición y los Santos Padres; ser siempre popular, pero con nobleza; humilde, pero con dignidad, sin perderse jamás en las nieblas oscuras de una metafísica trascendental ó de una erudición enciclopédica, ó de un lenguaje embrollado; no dejarse llevar de la manía de tratar siempre asuntos nuevos ó de andar á caza de conceptos no pensados jamás; no convertir el templo en un teatro, ni transformarse el mismo orador en actor; en suma, observar los preceptos que se dieron en la segunda parte.

Serán muy buenos los sermones si forman del asunto como un cuerpo de doctrina; si las divisiones son exactas, si las partes resultan enlazadas, si recíprocamente se sostienen ó se completan las unas por las otras; si los razonamientos son naturales y convincentes; si cada dificultad se desata con una respuesta exacta, y si la pasión del orador se demuestra en los más nobles al par que naturales y expresivos movimientos del ánimo. Siempre que se reúnan estas circunstancias,

y con tal que no se prescinda ni por un momento de la proposición fundamental, el sermón será excelente, magnífico. El mérito de un sermón no se ha de buscar en los detalles, ni en tal ó cual fragmento, sino en el conjunto. En sermones apenas cabe medianía; son buenos ó malos. Para hacer algo bueno en esta clase de trabajos, no basta tener penetración, se necesita además la fantasía; no basta la luz de la razón, se necesita la antorcha de la fe; no basta saber, se necesita la elocuencia.

Todo sermón debe tener un texto; una proposición simple ó compuesta; argumentos de razón y de autoridad, para confirmar el dogma católico ó los principios de la moral cristiana; exhortación á la fe ó á la virtud; epílogo que recoja sobre la verdad asentada todos los rayos de un discurso luminoso y convincente.

Como los sermones se distinguen formando hasta cierto punto varias especies distintas, trataremos brevemente de todas ellas, colocándolas en el lugar que les corresponda, según al género á que pertenezcan.

## II

### Del sermón dogmático.

Llamamos sermón *dogmático* á aquel en que el orador prueba una verdad de fe.

No admite duda que hay necesidad de predicar alguna vez esta clase de sermones, y mucho más atendiendo al espíritu fatal de la época presente, muy favorable á la propagación de la impiedad, así como si se tiene en cuenta la tibieza en la fe de muchos católicos y la falta de instrucción en la doctrina cristiana.



«Sí, en estos tiempos, dice un sabio y celosísimo prelado (1), en que superabunda la muerte, debe también superabundar la vida... Contra tinieblas, añade, luz; contra errores, verdad; contra principios disolventes, principios de estabilidad; contra filosofía panteísta, filosofía cristiana.»

Dos métodos pueden seguirse en esta clase de sermones: por el primero, el orador manifiesta claramente querer probar *tal verdad* presentando las pruebas con todo aparato, y desvaneciendo con el mismo las objeciones conocidas del auditorio. El segundo método consiste en ocultar el designio bajo cierta forma ingeniosa, la cual, sin embargo, da lugar á presentar las *razones* y deshacer las objeciones por vía de simple exposición, evitando todo lo que pueda tener aire de controversia. Así, por ejemplo, y limitándonos á un caso determinado; sentada la proposición principal del discurso, no en términos formalmente dogmáticos, como sería diciendo «Hay purgatorio», sino en términos morales, como «La consideración del purgatorio es muy provechosa á las almas», el orador, antes de probar directamente la proposición, podría presentar en forma de simple exposición las pruebas de la existencia de dicho estado, refutando de paso y por el mismo estilo las dificultades que pudieran hacerse en contra (2).

Por punto general, este método es preferible al primero; pero en los casos particulares la prudencia aconsejará al predicador cuál de ellos debe adoptar.

(1) El Excmo. é Ilmo. Sr. D. Cosme Marrodán y Rubio, nuestro dignísimo prelado, en carta pastoral del 6 de Enero de 1863.

(2) Espar.: *Curso teórico-práctico de predicación*.

## III

Síntesis del sermón de Bourdaloue sobre el Santísimo Sacramento.

*Texto.*—*Caro mea vere est cibus.* (Joan., c. vi, v. 56.)

*Exordio.*—En dos palabras hace el Salvador el elogio de su cuerpo adorable, *caro mea*, de la cual el orador se va á ocupar, y no de la persona y divinidad del Verbo, haciendo notar que Jesucristo, al recomendar su cuerpo á los judíos, sólo dijo en su alabanza: *caro mea vere est cibus*: Manjar imperfecto si se le considera como alimento material; pero que aun así y todo, tiene la virtud de santificarnos y es lo que le hace tan admirable.

*Invocación.*—Volviéndose después á la Santísima Virgen, le dice que su carne inocente es la de Jesucristo y la de éste la suya; que tan admirable misterio se ha obrado por virtud del Espíritu Santo, y que espera le alcanzará la gracia que necesita.

*Proposición.*—«El cuerpo de Jesucristo no ha podido ser más honrado de lo que es, por el misterio de la Eucaristía.»

(Advierte al auditorio que no se extrañe del objeto de su discurso, que, bien considerado, es el más propio de la festividad que lleva por título: *Festum corporis Christi*.)

*División.*—Considera el cuerpo de Jesucristo como natural y como místico: en el primer caso es su propia carne; en el segundo, es la Iglesia que Jesucristo unió á sí mismo; que hoy es la festividad de los dos ó el triunfo de la carne de Jesucristo y de la Iglesia, porque la gloria del cuerpo de Jesucristo está en haber



sido dada á la Iglesia en Sacramento; *primera parte*: y la gloria de la Iglesia consiste en poseer el cuerpo de Jesucristo; *segunda parte*.

## PRIMERA PARTE

*Confirmación*.—Después de manifestar el orador que Jesucristo debía honrar su carne por haberla unido á su persona divina y por las humillaciones á que la sujetó en su pasión, pasa á probar su proposición.

*Argumento*.—La Eucaristía sola honra más la carne que todos los demás misterios del Hombre-Dios.

*Argumentación*.—Compara la gloria de la resurrección del cuerpo de Cristo con la que recibe en la Eucaristía, y afirma que los dotes del cuerpo glorioso no exceden al orden de la criatura, pero que la carne de la Eucaristía, está sublimada á un orden enteramente divino; omite (por preterición) el celebrar las excelencias de la carne de Cristo, y se fija en la cualidad más milagrosa de que siendo cuerpo nutre las almas, como lo prueba con textos del Evangelio y con la exposición de la doctrina teológica sobre este punto. Deduce de esto el grande honor de la carne de Cristo, amplificando la idea de que la carne nutre el espíritu.

Entra luego á refutar los reparos de los herejes é impíos que no quieren ver con buenos ojos honrada la carne de Cristo en el Sacramento, y corrobora con San Ambrosio y San Agustín que el cuerpo del Señor merece adoración.

Justifica luego todos los honores que la Iglesia presta al Santísimo Sacramento, y expone las razones que tiene para llevarlo en procesión: 1.<sup>a</sup>, á ejemplo de Cristo que lo llevó en sus manos; 2.<sup>a</sup>, en acción de gracias por los beneficios que el mismo Cristo obró por donde pasaba y en la esperanza de recibirlos nuevamente. Excita la fe sobre la virtud del cuerpo de Cristo y cree ver pro-

petizada la pompa de estas procesiones en acción de gracias en José, que por haber librado del hambre al Egipto, fué conducido por todo él en una carroza; 3.<sup>a</sup>, en reparación de los agravios que recibió en su pasión; 4.<sup>a</sup>, para darle honor y gloria por las victorias conseguidas contra los herejes é impíos. Retuerce á los herejes el argumento de que son nuevas las procesiones, diciendo que eso consiste en que también lo son sus desacatos é irreverencias.

Entra á amplificar por *enumeración* todas las ofensas que se hacen al Sacramento, sosteniendo una comparación ingeniosa y llena de piedad entre los sufrimientos de Jerusalén y los ultrajes hechos á Jesús sacramentado.

De aquí toma pie para excitar la devoción al Santísimo Sacramento, y propone que, á ejemplo de la Magdalena, le sigamos y visitemos con frecuencia, en prueba de nuestro amor y sacrificando algún lujo para adornar los vasos y altares. Insiste en que se le acompañe en las procesiones, como la esposa de los *Cantares* busca á su amado por calles y plazas, etc. De todo lo cual (su gloria en el Sacramento y los honores de la Iglesia) deduce la primera parte de su proposición.

## SEGUNDA PARTE

Si Jesucristo, dice el orador, estaba interesado en honrar su cuerpo real, no lo estaba menos en honrar su cuerpo místico, que es la Iglesia, lo que prueba por su cualidad de jefe y cabeza de la Iglesia. Esto realizó en la Eucaristía.

*Argumento* 1.<sup>o</sup>—Jesucristo no podía hacer nada más honroso para la Iglesia que dejarle su cuerpo, porque de esta posesión le vienen todas sus glorias.

*Argumentación*.—(Por comparación de menor á mayor.) Los judíos se gloriaban de que ningún pueblo



tenía los dioses tan cerca de sí como ellos, no poseyendo más que el arca donde Dios daba los oráculos; mientras que la Iglesia posee al mismo Dios, pudiéndose decir de ella lo que Ezequiel de la ciudad dichosa, cuyo nombre era: «El Señor allí.» El orador robustece su argumento, diciendo que, no sólo honra Jesucristo á la Iglesia con su presencia, sino con la más íntima familiaridad, prerrogativa que no se creía posible, como demuestra con la respuesta que dieron los adivinos á Nabucodonosor cuando fueron preguntados sobre los sueños. La Iglesia, pues, posee á Jesucristo, que está como dividido entre la militante y triunfante, haciendo Jesucristo, en expresión de San Crisóstomo, lo que Salomón no pudo hacer para dar gusto á las dos madres.

*Argumento 2.º*.—Cuando parecía que el orador había agotado sus pruebas, añade: El sacramento de la Eucaristía es continuación de la encarnación; por consiguiente, de mucha honra para la Iglesia.

*Argumentación.*—Ved aquí cómo se expresan los SS. Padres: sabido es el grado de elevación á que fué sublimada la humanidad de Jesucristo con su unión al Verbo divino; pues por la Eucaristía, los miembros de la Iglesia se hacen uno con él en expresión de San Cirilo, y San Agustín añade que Jesucristo se encarna de nuevo cada vez que se consagra su cuerpo y su sangre. (*Digresión.*)—Al llegar aquí, compara el orador á la Santísima Virgen con los sacerdotes, y dice: que si aquella lo llevó una vez en su casto seno, esto lo forman en sus manos cuantas veces consagran, deduciendo la veneración que merece.

*Argumento 3.º*.—Finalmente, dice el orador: Jesucristo alimenta á la Iglesia con la Eucaristía.

*Argumentación.*—¿Qué se podrá decir después de esto? Nunca se comparará bastante lo que está sobre toda comparación. A la Iglesia estaba reservado el ser alimentada como la hija de Sión y como la esposa del

Rey de la gloria, y nada más justo, porque la esposa debe ser alimentada en relación á la grandeza del esposo. Para los judíos, dice San Jerónimo, que eran esclavos, era bastante el maná, llamado pan de los ángeles; pero para los cristianos, que son hijos adoptivos, era preciso el pan de Dios.

#### EPÍLOGO

Antes de concluir, saca el orador dos sentimientos: uno de respeto y veneración para la Iglesia, y otro de celo y pureza para nuestros cuerpos. De respeto, porque es el cuerpo místico de Jesucristo; de celo, porque todos participamos de la gloriosa cualidad de cuerpo místico de Jesucristo *vos estis corpus Christi*. Después concluye exhortando á conservar la inocencia de nuestro cuerpo para recibirle dignamente.